



JESSICA FRANCIS KANE  
FONSECA

*Traducción del inglés a cargo de Pilar Adón*

IMPEDIMENTA

## DÍA DE MUERTOS

En 1952, el día 2 de noviembre cayó en domingo, y por la tarde una madre y un hijo se encontraban ante la casa de las Delaney, en Fonseca, México, a punto de llamar a la puerta después de haber recorrido un camino muy largo. Estaban bastante aturcidos, sobre todo tras la última etapa de su viaje por el sur de Estados Unidos, en ese instante en que llegaba a su fin la tarde del día siguiente al que se suponía que tenían que haber llegado. La estación de momento era cálida, y en la plaza que había detrás de ellos la gente llevaba disfraces de *calaveras*.<sup>1</sup> El aire olía a humo y a caléndulas. Desde bastante cerca, pero también desde mucho más lejos, les llegaba el sonido de unos fuegos artificiales, con sus estallidos y sus chisporroteos. En la plaza tocaba una banda, y la música estridente y eufórica se veía interrumpida por un encadenamiento constante de gritos. Todo era muy desconcertante, y el niño quería entrar ya, pese a no tener ni idea de quién o qué podía haber detrás de esa

1. Se marcan con cursiva las palabras y expresiones que aparecen en español en el original. (*Todas las notas son de la traductora.*)

puerta. En sus seis años de vida, no había entrado nunca en una casa en la que no se estuviera preparando o se estuviera a punto de preparar una taza de té. En cualquier caso, su madre no parecía muy dispuesta a llamar.

—No estamos de vacaciones —dijo Valpy, dándose la vuelta para sentarse en el escalón frontal.

Una joven que llevaba el nombre de Pedro grabado en la frente pasó ante ellos masticando una enorme calavera de azúcar. Parecía sollozar y reír al mismo tiempo.

Penelope se sentó a su lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque para las vacaciones no me compras nunca ropa nueva.

—Eso no es verdad. ¿Y el bañador del verano pasado?

Él no dijo nada al respecto, pero los dos sabían que los bañadores no contaban.

—Esta casa es muy rara.

Las paredes de piedra gris con contraventanas de madera al estilo francés desentonaban ciertamente con las de los edificios que la rodeaban, todos ellos de un estuco teñido en ese momento por los colores del atardecer. La casa se apoyaba directamente sobre el pavimento y se dividía en tres secciones, con tejados a dos aguas que enmarcaban una especie de patio delantero sin mucha gracia. Había cinco escalones que subían desde el muro delantero hasta lo que parecía la puerta del torreón de un castillo, hecha de madera de roble con cerrojos y barrotes de hierro. Arriba, a la izquierda, corría un balcón macizo y curvado que a Penelope le recordó a un púlpito. Había varias chimeneas altas, dos buhardillas y diversas ventanas con parteluces de distintos tamaños, todas ellas con postigos. Los nogales de la calle, viejos y retorcidos, hacían que la fachada pareciera más oscura aún.

—Sí, pero no hay nada que temer —dijo Penelope.

Lo que fue una gran equivocación, porque Valpy no había dicho en ningún momento que tuviera miedo, y en cambio ahora se puso a mirar tanto los árboles como el pequeño y macizo balcón como si estuviera preguntándose si no debería tenerlo.

—Nos han invitado —le recordó ella de inmediato.

—Sí, pero ¿por qué nos han invitado?

—Las Delaney son viejas amigas.

—Pero ¿por qué quieren vernos?

Tiempo después, cuando vaciaron la casa de Southwold, e incluso más tarde, cuando se hundió su barcaza Grace, Penelope recordaría ese momento del escalón de la casa de Fonseca. Todo el mundo dispone de un lugar al que la mente regresa de forma espontánea cuando no se la controla. Aquel iba a ser el suyo.

—Es difícil de explicar —dijo.

Y no mentía. Las Delaney, dos ancianas adineradas, habían escrito a Penelope hacía más de medio año para decirle que estaban solas en el mundo, que todos sus parientes de Irlanda habían muerto y que, debido a una amistad lejana entre sus familias, esperaban poder conocer a Valpy. Es más, si ella había entendido bien sus cartas, venían a decirle que podrían llegar a dejarle a él todo su dinero. Una posibilidad que resultaba enormemente tentadora por una serie de razones muy apremiantes. Se puso de pie y llamó a la puerta, sintiendo cómo crujían las cáscaras de nuez bajo sus pies.

—¡Dios mío, ustedes dos! —exclamó la empleada, que abrió la pesada puerta de un tirón—. ¿Acaban de bajar del autobús?

Tenía unos cincuenta años y mostraba unos brazos desnudos y anchos bajo un delantal rojo. Llevaba el pelo muy oscuro partido por una raya en medio, recogido, trenzado y enrollado sobre la cabeza. Una caléndula amarilla le asomaba por detrás de una oreja y las mejillas, llenas, le brillaban sonrojadas bajo

los ojos azules. Penelope, que no era especialmente alta, la superaba en estatura.

Valpy se aclaró la garganta con valentía.

—Sí, pero primero estuvimos en el Queen Mary y luego ya en el autobús. Ha sido un viaje muy largo. Y espantoso. En realidad, primero tomamos un tren, pero eso no lo cuento como parte de la aventura porque todavía estábamos en Inglaterra.

—Me parece correcto. Muy pocas aventuras comienzan y terminan en Inglaterra. ¿Cuál era el puerto de escala del barco?

—Nueva York —respondió Valpy.

—Estupendo. Pues uno de los dos puede volverse ya en el autobús —dijo tomando la mano de Valpy, con lo que sugirió que era Penelope quien tenía que regresar.

Ella contraatacó poniendo una mano en el hombro de Valpy.

—Le dije a doña Elena que veníamos los dos.

—No recuerdo esa carta.

—Sin embargo, está al tanto de que hubo una carta.

—Claro. ¿De qué otra forma podría habérselo dicho?

—Bueno, con un telegrama. O podría haber llamado por teléfono.

La empleada entrecerró los ojos.

—Demasiado caro —se ajustó la caléndula detrás de la oreja—. Les esperábamos ayer.

—Lo siento. Nos retrasamos en San Antonio.

—Eso fue lo más espantoso —dijo Valpy.

La empleada asintió como si lo entendiera, pero ¿cómo iba a saber por lo que habían pasado?

Los tres se quedaron en el umbral de la puerta, atrapados en lo que parecía un callejón sin salida. Finalmente, Penelope dijo:

—¡Esto es ridículo! Solo tiene seis años. A nadie se le ocurriría pensar que iba a hacer este viaje él solo.

—¿Y eso? —dijo la empleada, escrutando a Valpy—. ¿Le pasa algo?

Valpy negó con la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo Penelope—. Pero es un viaje muy largo para un niño tan pequeño.

—¿Qué distancia hay?

Valpy se sabía el kilometraje exacto que había desde la puerta principal de Chestnut Lodge, su casa, en Hampstead, Londres, hasta la puerta de Zona Centro en la que se encontraban en ese instante, en Fonseca, México.

—Sí que está lejos —dijo la empleada—. Tenía que viajar con su madre.

Penelope se sintió aliviada.

—Ahora estamos de acuerdo. Su madre soy yo.

La empleada suspiró. Dio un paso atrás tirando a la vez de la puerta.

—Yo soy Chela. Bienvenidos a Mirando.

Penelope no se movió.

—Creía que esta era la casa de las Delaney.

—Sí, sí, pasen.

Fue un comienzo muy caótico y poco propicio, que Penelope no olvidaría jamás.

Para las fiestas habían decorado el vestíbulo, que era grande y estaba revestido de paneles de madera, con macetas de caléndulas situadas a ambos lados de la amplia escalera central. Casi todas parecían de color naranja, un naranja enhebrado con otros naranjas más oscuros y también algunos amarillos. Debían de estar recién regadas, porque impregnaban de un olor a tierra húmeda todo el vestíbulo. Desde el piso de arriba les llegaban sonidos muy alegres y se oía ópera en alguna parte.

—¿Están de fiesta? —Valpy parecía esperanzado por primera vez desde que llamaran a la puerta.

—No —dijo Chela—. Esa gente está aquí igual que tú. Las doñas siguen en el cementerio. Déjale el baúl a Jesús —Chela miró a Valpy y luego deletreó para que lo entendiera bien—. J-E-S-U-S. Él lo subirá.

A Penelope le costó asumir gran parte de toda aquella información y Valpy seguía con los ojos muy abiertos, pero no había tiempo para más preguntas. Chela se movía con una agilidad sorprendente, dado su grosor en la zona de la cintura. En lo alto de la escalera, giró a la izquierda y luego a la derecha hasta situarse a los pies de una escalera más pequeña. Empezó a subir hasta el tercer piso y volvió a girar a la derecha por un pasillo de baldosas. Se detuvo al llegar a una puerta que daba la impresión de haber estado pintada de azul en algún momento.

—Baje cuando esté lista —dijo sin dar la más mínima impresión de haberse quedado sin resuello—, pero no antes de las cinco. El señor Azuela ya habrá terminado su informe para entonces. El lavabo está al final del pasillo. Lo comparten con los Tuttle. Por alguna razón, les gusta decir que su habitación da al mar, aunque quede a seiscientos kilómetros al este. La habitación que les hemos preparado a ustedes da a las montañas, a la hermosa Sierra Madre. Pero no se dejen engañar. Están más lejos de lo que parece.

—¿Los Tuttle? —preguntó Penelope.

—Un organista y su mujer de Irlanda. Sin un centavo. Nadie recuerda cuánto tiempo llevan ya aquí.

—¿También tienen un hijo? —Penelope no esperaba encontrar competidores en la casa.

Chela se echó a reír.

—¡No que yo haya visto! —Miró a Valpy, de repente más seria—. ¿Por qué? ¿Te preocupa estar solo? Hay mucho que hacer en Mirando. Tenemos jardín y pollos, y hay una bandada de tórtolas que está siempre en el tejado. También hay un

gato, Pax, que hace lo que quiere cuando quiere y va adonde le da la gana.

—Gracias —dijo Penelope—. Estoy segura de que vamos a estar bien.

—Ya veremos. —Chela abrió con una llave la puerta, que en algún momento había sido azul, y les hizo pasar—. La colada se hace los lunes y la ropa de cama va cada dos semanas.

Cerró la puerta dejándolos allí, acompañados del penetrante aroma de las caléndulas que flotaba a su alrededor.

Valpy parecía a punto de llorar.

—¿El señor y la señora Tuttle también son viejos amigos?

—Seguro que sí —dijo Penelope.

La habitación, situada bajo uno de los aleros de Mirando, tenía el techo inclinado y ventanas con parteluz. Cuando Penelope abrió las contraventanas, comprobaron que ciertamente daban a los tejados y a las montañas teñidas de azul. Había una cama doble con una colcha azul, un pequeño escritorio sin silla y un armario situado en la esquina izquierda del fondo. A la derecha había un diván tapizado en terciopelo rojo oscuro que parecía muy grande para aquella habitación, pero que serviría perfectamente como segunda cama. Vieron una jarra de cristal y un lavabo sobre el que habían puesto un estante. También un espejo en la pared, un banquito de madera y un pequeño ventilador eléctrico. La habitación estaba limpia y ordenada, pero no se movía nada de aire. Penelope encendió el ventilador.

—¿Va a traer Jesús el baúl? ¿De verdad es eso lo que va a suceder?

Penelope le explicó que probablemente era un nombre normal en español.

—Estamos muy lejos de casa —dijo Valpy.

Se había preparado para que sucediera algo así, de modo que le dio el mejor consejo de que disponía, fruto de su propia

experiencia. A los ocho años tuvo que salir de su casa para ir al colegio que habían elegido para ella, y las palabras le brotaron con una ferocidad que hizo que se sobresaltaran los dos.

—La nostalgia es una enfermedad real, Valpy. No creas a nadie que te diga lo contrario.